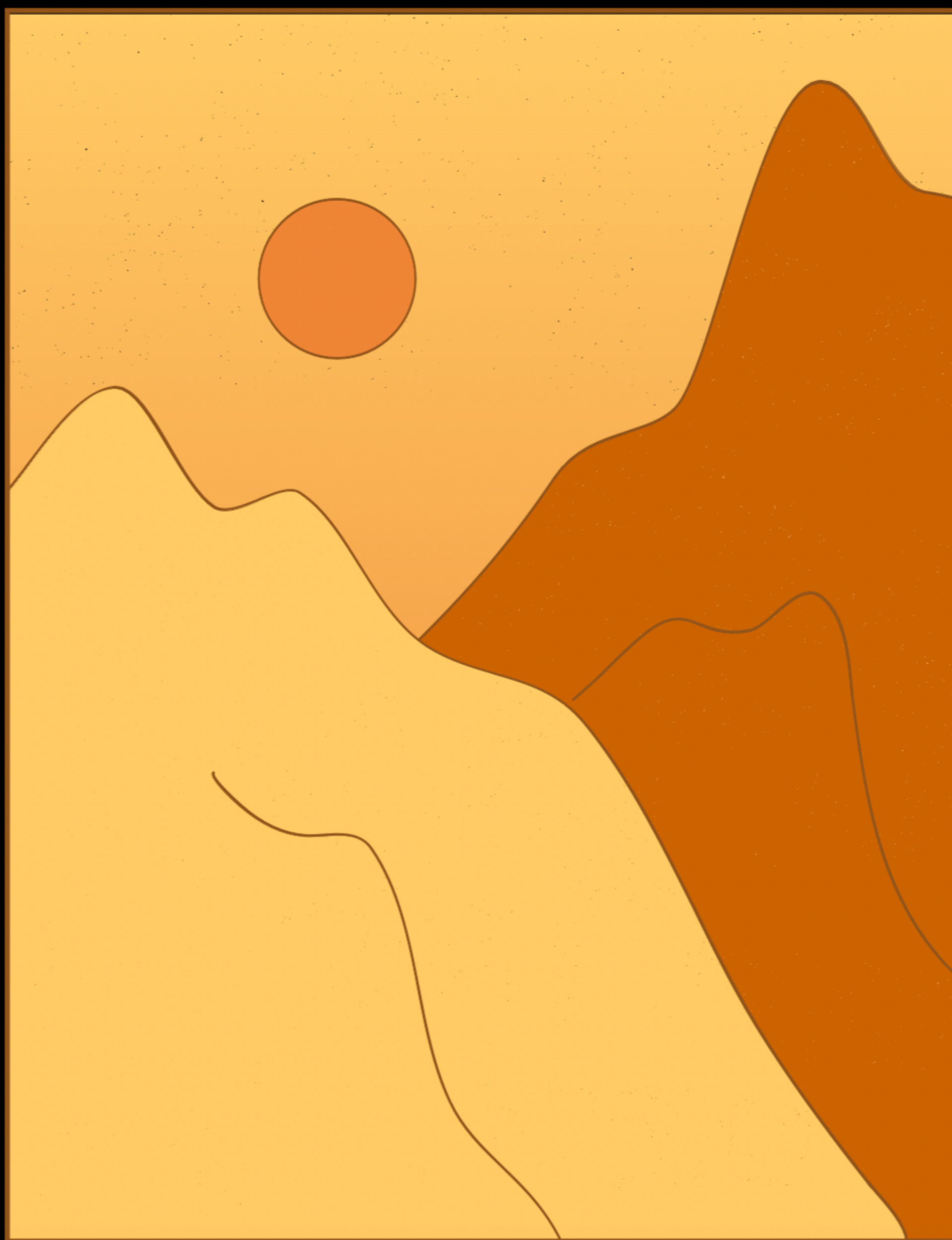


SOMOS MESTIZAS

memorias de palabras
y silencios



ENCUENTROS DESORIENTADOS

Mi dulce cabaña era de paja; el castellano dijo que era el paraíso. Irrumpió de lodo mi hogar y refugio, mi lugar seguro donde conocí el placer y los gemidos, y ahora solo yermo y árido – una puñalada sangrienta en mi vientre, una sustancia punzante y pegajosa que jamás dejó mi cuerpo. Aquí, en el preciso lugar donde Italú hizo mis piernas vibrar de exaltación cuando el vapor de su aliento engañaba mis sentidos y donde su lengua trazó caminos indescifrables en mi cerebro. Jamás ya permití a mi amada compañera Italú que se adentrara en mi dulce cabaña. Jamás ya pude hacerme gemir con la desenvoltura de mis dedos sobre mi sexo. Jamás fue ya refugio sino entierro y cementerio de mis gritos, donde el río de placer y misterio murió para nunca más volver.

Mi hija nació tres madrugadas después de la luna roja. Sus gritos rompieron la diafanidad de aquella mañana, despertando a las mujeres que comenzaron a emerger entumecidamente de sus cabañas. Hacía tiempo que nuestros padres, hermanos e hijos ya no se sentaban a las orillas del río para trenzar las cestas de palmera, ni nos acompañaban para practicar los cánticos y ritos para honrar a nuestros dioses herejes. A veces caíamos en la cuenta de que nuestro sabie chamán no podía ofrecernos ya guía: los castellanos le quitaron la vida por practicar el acto de Sodoma. Algunas decían todavía sentían la esencia de los partidos y se preguntaban si aun seguirían vivos, aunque la mayoría de la aldea se había sumido desde hace meses en un silencio que se pacto sin un murmurio.

Entre ellas se miraron fugazmente pero el suficiente tiempo como para permitir que sus miradas se hablaran. Me ayudaron a empujarla fuera de mi ser con un forcejeo animal que ensanchaban las oquedades entre mis huesos al tiempo que tras mis párpados se revelaban imágenes sanguinolentas de la muy maculada concepción.

Llené el aire de un llanto hondo y parturiento. Llanto porque deseé querer matar a esta niña, y enterrar mi ira en su menudo cuerpo. Quería tomar mi venganza y aniquilar el placer que el castellano encontró en mí, ahora manifiesto, alimentándose de mí y destrozando mi cuerpo por vez ulterior. Mis mejillas se bañaron de las lágrimas del odio mientras maldecía al cielo por mi fortuna.

La pequeña se llamó Aila. Mi hija; Aila.

Tan pronto como salió y se posó en mi sudoroso pecho, el silencio volvió al poblado. Pero adquirió una nueva cualidad, no era un silencio metálico y arrecido, era un silencio de ensimismamiento y afecto: era un silencio de niebla, que atrapaba los rayos *d'oro* en una

tarde apacible. Fue entonces que la pequeña Aila tornó sus luceros hacia mí y pude ver que eran del color de las aguas sobre la arena de la playa; del color de las avezuelas que acostumbraban a posarse en las ramas que bordeaban la aldea, que con su presencia constante y chachareo ocasional conferían un amparo familiar. La piel era pues más argentina que todas las nuestras, y afín a la de las otras criaturas que las mujeres de la aldea parieron en las semanas siguientes. Su rubor, empero, aún rezumaba una calidez cerámica.

Aila significa *la que nació entre batallas*.

Al observarles, mientras crecían y se convertían en personas humanas, me percataba con los años de como mi alma se tornaba a un paso aproximadamente imperceptible pero perenne. Cómo quise encontrar odio en su existencia; aliviar mi congoja y tormento, pero solo hallaba amor en el pecho. Solo hallaba el deseo de guarecer su inocencia como así la mía debería haber sido salvada del tormento. Un cierto día al despertar, les vi reír brotando como macacos de los árboles y, en un instante, esboqué la increíble destreza con la que el mecer de sus lenguas cruzarían el océano, conectando mundos de lejanías incógnitas hasta entonces.

Nos encontramos las mujeres, mirándonos a la cara, con el alma alzada, tratando en vano de saber. ¿Quiénes somos? Sino tierra de olvido forzado, presente artificio y sólo futuro en las manos ¿Quiénes éramos y cuándo dejamos de ser aquello que una vez fuimos? Y quizá más insondable: ¿Quiénes son nuestros hijos y nuestras hijas y quiénes quieren ser? El manifiesto de una profunda herida, descendientes de dioses bárbaros e hijos de Dios. El espejo de un alma con más de dos lados pero sin reflejos parejos.

Somos mestizas.

Pasaron años hasta que volvimos a saber de los hispanos. Un día los niños chapoteaban desnudos en una charca dejada atrás por las lluvias cuando oímos el filo de un cuchillo haciéndose paso entre el laberinto de ramas. Fray Felipe de las Casas llegó para mostrarnos la palabra de Dios. En su otro brazo llevaba una valija voluminosa cuyas fibras habían comenzado a deshilarse, túrgidas por el agua. Pronto descubrimos que en excepcional valija traía toda suerte de libros y manuscritos de varios tamaños y colores. Era un hombre de tenencia corpulenta y manos fuertes, aunque habían pasado años ya desde que su cuerpo respiraba un aire achacoso por las hondas manchas de su piel y una ligera cojera que arrastraba a muecas allí donde caminaba. Sólo tenía una vestimenta que lavaba sin falta cada

quincena en el riachuelo cercano. Dos de las mujeres del poblado le proporcionaron sustento hasta que el fraile supo buscar su propia comida y comenzó a hablar nuestra lengua. La mayoría de días era dado a la reflexión y lectura del Libro Sagrado. Cuando ofreciósele la oportunidad a Fray Felipe de venir a evangelizar a los afables salvajes del Nuevo Mundo no tuvo duda de partir en un viaje sobre el océano que duró varias semanas. De su rostro se adivinaba un pasado en el que conoció el hambre y la enfermedad de una manera de la que las más sabias entre nosotras no habían atestiguado. Sus pómulos se hendían, haciendo protagonista a unos ojos que traicionaban una bondad sincera.

Un día, poco después de su llegada, Don Felipe se sentó sobre una estera de rafia en la plaza de la aldea como acostumbraba a hacer. Allí comenzó a revelarnos el amor ferviente del hijo de Dios y cómo su vida sacrificó entre angustia y sufrimientos por nos.

—Jesucristo os ama y os amará y perdonará siempre — paró un instante para mirar al rededor y fijar sus ojos sobre las que allí nos encontrábamos — pero debéis abandonar el pecado — su voz quebró en el momento en el que mascó las consonantes. Quizá escapó su consciencia, pero delataba una verdad que por mucho que rumió, resultaba indigesta para su mente.

—¿Y es así por qué los hispanos traéis enfermedad, traéis dolor y traéis muerte?—replicó una de nosotras tras una larga pausa en la que Felipe fijaba su mirada, como tratando de recoger pedazos de un jarrón irreconocible por el impacto— ¿que buscáis? ¿El perdón de vuestro pecado? ¿Llegasteis a nuestras tierras para redimiros de las maldades de vuestro mundo? — dijo esta vez en un tono más frágil, la congoja transpirando su aliento.

El hombre santo se mantuvo inmutado, casi pareció que las palabras de Mita'a no llegaron a sus oídos, como si el fraile ya hubiese escuchado su lamento por vez anterior.

—En las noches, tras mi rezo—comenzó pensativamente— encuentro dolor en el pecho. Aquí vine con el propósito de evangelizar un pueblo que no pudo aún conocer la palabra del Señor. No supe si imaginar bestias o seres angélicos pero aquello que hallé fue algo vastamente más increíble. Encontré personas; ¡humanas! No quisiera el señor misericordioso ver los martirios cometidos en su nombre, pues Él mismo plegaría no tenerlo.

Ninguna dijo nada, quizás porque no podíamos sentir nada, quizás porque lo sentíamos todo. A menudo olvidábamos que Don Felipe no era una de nosotras, olvidábamos la manera particular que tenía de cantar nuestras palabras, que fueron suyas ¿pero era olvido? No podía el fraile existir en la misma frase que los colonos que invadieron estas tierras. Sin

embargo, su legado era mucho más duradero: madurando en nuestras mentes y almas, dándonos nuevos nombres para nuestras ancianas divinidades, capturando las palabras que solían viajar libremente en el aire con sus manos.

.....

Nos enseñó a las mujeres a leer y escribir en la lengua castellana. Tardo unos meses, pero consiguió tallar nuestra lengua en sus caracteres latinos.

—Debéis guardar secreto del conocimiento de la escritura. Las mujeres plebes no deben— y menos salvajes— ser enseñadas aquestas artes.

A pesar de sus exclamaciones imperativas, Felipe continuó enseñándonos a dominar la escritura y a conocer como cada minúscula letra en el papel se correspondía con una articulación de nuestras bocas y cuerpos. El fraile siempre disfrutaba de esos momentos en los que nos reuníamos para aprender, siempre un par de horas antes de la puesta del sol. En ocasiones se estremecía en demasía cuando un ave se posaba estrepitosamente sobre una de las ramas que rodeaban el claro de la selva. Su cuerpo se volvía rígido y arrugaba con fuerza los papiros. Aquellos papiros que acumularían ya más de una centena de usos y en los cuales ya era difícil descifrar las formas de las letras que se amontonaban en estratos borrosos de distintas caligrafías y direcciones. Sus orejas entonaban en busca de la fuente del peligro y aún habiendo reconocido que no se trataba de nada más que una torpe guacamaya, tardaba unos instantes hasta que se sumergía en el deleite de su oficio.

De la escritura amé como enfrascaba los momentos en el tiempo, siempre el mismo verso aún llegando a distintos cuerpos. Tal vez fue eso mismo lo que detesté: era mecánica, inerte y absoluta, no permitía hablar con la historia, ni responder, ni sentirla en los oídos. De mi madre y mi abuela había aprendido historias sobre el lugar donde veníamos del mundo y como una esencia primordial corría entre todos los entes haciéndonos parte de una unidad, un ser vivo que renacía de su muerte y moría para seguir viviendo. Cada vez que entonaban los cánticos y versos de las historias le daban vida nuevamente, con el tono de su voz podían modular la intensidad de sus actos y dramatizar los momentos. Era en sí un arte, una forma de crear comunidad alrededor de una historia compartida, el acto de recordar elevado a la magnificencia de la eucaristía.

Tras una de nuestras lecciones de escritura, pregunté al fraile si en alguno de sus muchos libretillos se encontraban historias de su gente y de la nuestra. Quise saber como pensaban: entrar en sus mentes y ver como tomaban conciencia de su ser; quise saber como éramos tras el prisma de sus ojos.

EL OBJETO NARRADO Y LA HISTORIA INVENTADA

Durante días no pude probar sustento, la ira que creció en mi me impidió pensar o dormir. Quedé postrada de rodillas sobre el suelo de mi cabaña, iluminada en la noche tan solo por la pequeña fogata en el centro de la aldea.

Mi madre y la madre de madre y a la vez su madre fueron descripción. Fueron relato, fábula, fantasía y cuento. Pero tan solo relatadas, fabuladas, fantaseadas y contadas. Yo, misma, fui la redondez de mis pechos, el calor y humedad de mi sexo, y la irridencia de mi tez morisca. En otras páginas fui maga y bruja, bestia para ser domada e incapaz de ser educada. Trajéranos los hispanos la civilización a nuestras mentes yermas. Era la buena salvaje, una criatura mansa, en contacto con mi tierra y naturaleza, con la fortaleza animal de mis partos y una tenacidad para afrontar lo incierto. No quisieran los colonos corromper nuestra mente impoluta. De mí se dijo que invitaba: con el olor de sus axilas y el fulgor de sus ojos almendros. Mi relato alimentó sus sueños sudorosos y sus ansías de poseerme y colonizar mis carnes de violencia europea.

Ahora... ¿quien culpar a los colonos cuando su mente estaba atrapada en sus fábulas y cuentos?

Necesitaron las palabras primero para domar mi cuerpo, mi tribu y mi pueblo. Necesitaron las palabras primero, para inocular la mano que asesina, dejarla excusa tras una coartada irrefutable: la víctima no conoce el alegato. Otros utilizaron la idea de mi pueblo para luchar contra los hispanos, otra vez más nuestra vida y nuestro cuerpo como arma en sus guerras de oro y portento. Presentes y borradas, un antecedente en segundo plano.

Mientras surcaba las páginas, la buena salvaje quedó encerrada en el papel, la tinta dibujando una jaula negra de palabras tamañas en una lengua aprendida. La coma y el punto estorbando mis vocablos con su pausa forzada; atragantándose, piedras en la garganta. Y por fin quise ver verbo antes de que éste me engullera. Quise ser la aliada y compañera de la preposición para que no me cortara, violara, matara. Y quise ser una frase con sujeto y con nombre, con padres y hermanas, con historias, y sueños...y recuerdos. Y no quise, y nunca

quise ser el adjetivo que adornan los papiros, manchándolos de una verdad de piel pálida. Pero como mi madre y a la vez mis madres, solo fui silencio. El fantasma de la descripción, la esencia humana que desgarran las letras en su absorta travesía entre espacios y zancadas.

Me prometí ser autora de mi pueblo. Construir regiones con nuestra ansia, nuestro trauma y apego. Defendernos de las guerras narradas en nuestro cuerpo. Escribir nuestras historias con la diversidad de nuestras almas: salvajes e impolutas, madona y prostituta, heréticas y ortodoxas. Solo así, escribiendo nuestra propia historia podremos escribir nuestro destino.

Bibliografía

- Hojas, A. (2012). *SITUACIÓN DE LA MUJER INDÍGENA EN PANAMÁ Doris Bill Pueblo Kuna. Panamá.*
- Venticinque, V. (2020). Las conquistas de nuestros cuerpos: transformando la salud de las mujeres en el nuevo milenio. *Revista Panameña de Ciencias Sociales*, 67–78.
- Cabezas, A. (2012). Mujeres Indígenas constructoras de región: desde América Latina hasta Abya Yala. *Revista Internacionala*, 6(5), 12–25.
- Ochoa, J. M. G., & González Ochoa, J. M. (2015). *Protagonistas desconocidos de la conquista de América*. Ediciones Nowtilus.
- Homosexualidad en los pueblos precolombinos - Wikipedia, la enciclopedia libre*. (n.d.). Retrieved January 23, 2022, from https://es.wikipedia.org/wiki/Homosexualidad_en_los_pueblos_precolombinos
- El llamado a “no romantizar” a los pueblos indígenas - Gatopardo*. (n.d.). Retrieved January 3, 2022, from <https://gatopardo.com/opinion/el-llamado-a-no-romantizar-a-los-pueblos-indigenas/>
- Robles Santana, A. (2014). Una aproximación al rol de la mujer precolombina en América. *Cuadernos Del Ateneo*, 32, 92–109.
- López, F. (2007). Los nuevos roles de las mujeres kuna en las organizaciones de base en Panamá Florina López M. Pueblo Kuna, Panamá. Introducción. In *Mujeres Indígenas, Territorialidad y Biodiversidad en el Contexto Latino Americano*.
- Petrovic, G. (1963). Marx’s Theory of Alienation. *Philosophy and Phenomenological Research*, 23(3), 419–426.